

al extranjero; son crímenes que nacen de una causa loable. Pero la carnicería del boulevard Montmartre es un crimen cometido sin saber por qué. El por qué existe, sin embargo, y es espantoso.

Lo vamos á describir.

Dos cosas hay en pié en el Estado, la ley y el pueblo. El hombre que mata á la ley, conoce que merece el castigo y que lo tiene cerca; para impedirlo no le queda más recurso que matar al pueblo, y lo mata.

El día 2 significa el riesgo, el día 4 la seguridad.

Contra la indignacion que se subleva, el criminal hace surgir el espanto. La euménide de la justicia se para petrificada ante la fúria de la exterminacion. Contra Erinnyes se levanta Medusa.

Hacer huir á Némesis es conseguir un triunfo espantoso; Luis Bonaparte alcanzó esta gloria, que es el colmo de la desvergüenza.

Reframos lo que no ha visto aun la historia, esto es, cómo un hombre asesina á un pueblo.

De repente, á una señal dada, se dispara un tiro, no importa dónde ni por quién, y la metralla llueve sobre la muchedumbre. La metralla es tambien una muchedumbre; es la muerte desmenuzada. No sabe dónde vá ni qué hace; mata y pasa. Aquel momento fué inaudito. Pareció que un puñado de relámpagos caía sobre el pueblo. Nada más sencillo; aquella lluvia de fuego ofreció la limpieza de una solucion: la metralla destruyó á la multitud. Ya que estais ahí, morid, que ser transeuntes es un crimen. No esteis en la calle ni estorbeis al gobierno, que el gobierno es un corta-cabezas. Lo que ha mandado es preciso que se cumpla; es indispensable que se acabe; ya que se salva la sociedad, es necesario exterminar al pueblo.

Existen necesidades sociales; es preciso que Beville cobre ochenta y siete mil francos cada año y Fleury noventa y cinco mil; que el gran limosnero Menjaud, obispo de Nancy, cobre trescientos cuarenta y dos francos cada día, que Bassano y Cambaceres perciban trescientos ochenta y tres, Vaillant cuatrocientos sesenta y ocho y Saint-Arnaud ochocientos dos. Es necesario que Luis Bonaparte cobre diariamente setenta y seis mil setecientos doce francos. ¿Se puede ser emperador por menos?

En un abrir y cerrar de ojos se hizo en el boulevard una carnicería larga de un cuarto de legua. Once cañones hun-

dieron el hotel Sallandrouze. Las balas perforaron veintiocho casas. Los baños de Jouvence quedaron convertidos en escombros. Tortoni fué pasado á degüello. En todo un cuartel de Paris hubo una inmensa fuga que lanzó grito terrible. Por todas partes apareció la muerte súbitamente. Aquello fué un pensamiento de Calígula ejecutado por Papavoine.

Javier Durrieu, que entró en el boulevard, refiere:—"He dado sesenta pasos y he visto sesenta cadáveres." Al ver aquel espectáculo retrocedió. Era un crimen estar en la calle y estar en casa, porque los acuchilladores suben á las casas y allí acuchillan.

Adde, librero, boulevard Poissonnière, número 17, está á la puerta de su casa y le matan. Al mismo tiempo, porque el asesinato es vasto, muy lejos de allí, en la calle de Laucry, el propietario de la casa número 5, Thirion Montauban, está á la puerta y le matan tambien; para que no sea molesta y pesada la descripcion de las innumerables víctimas que allí sucumbieron, diremos únicamente que los servidores del golpe de Estado no perdonaron á mujeres, ni niños, ni ancianos, que recibieron la muerte, no solo en las calles, sino tambien dentro de sus propios domicilios.

Tal fué aquella carnicería innarrable. Los hombres que la mandaban se sentían impulsados por fuerzas secretas é indignas; á todos los empujaba algo innoble: Herbillon tenia detrás de sí á Zaatcha; Saint-Arnaud á Kabilie; Renault el asunto de las aldeas de San Andrés y de San Hipólito; Espinasse Roma y el asunto del 30 de Junio; Magnan sus deudas.

El doctor Piquet, que habia cumplido setenta años, fué muerto en un salon de un balazo en el vientre; el pintor Jollivart de una bala en la frente delante del caballete. Un capitán, matando todo lo que encontraba á su paso, tomó por asalto la casa del Gran Balcon. Saquearon el café Leblond. Cañonearon tanto la casa Billecog, que fué preciso apuntalarla al día siguiente. Delante de la casa Jovin habia un monton de cadáveres, entre ellos un jóven con paraguas y otro jóven con lentes. El hotel de Castilla, la Maison-Dorée, le Petite Jeanette, el café de Paris y el café Inglés, sirvieron durante tres horas de blanco á los cañones. La casa Requenault se hundió bajo las granadas; los cañonazos demolieron el bazar Montmartre,

Renunciamos á describir minuciosamente los horrores de aquella brusca y bárbara matanza.

Quise saber á qué atenerme. Para creer en ciertos crímenes es necesario verlos. Me dirigí, pues, al lugar de la carnicería.

En los momentos de semejante angustia, á fuerza de sentir no se piensa, y si se piensa, se extravía el pensamiento. Se desea terminar la vida de cualquier modo. La muerte de los demás nos causa tanto horror, que tenemos gana de morir. Siempre recordamos á las víctimas que causan la indignacion y que causan los sublevamientos, y en aquellos instantes solo nos resta ya la ambicion de ser un cadáver útil.

Me dirigia siniestramente pensativo al boulevard.

Ví venir hácia mí á Julio Simon, que arriesgaba aquellos días funestos su preciosa vida, y que me paró, preguntándome:

—A dónde vais? ¿Os dirigís á buscar la muerte?

—A eso voy, le contesté.

Nos estrechamos la mano y continué avanzando.

Llegué al boulevard: el espectáculo que se ofreció á mi vista era indescriptible. Presenció aquel crimen, aquella mortandad, aquella tragedia. Ví la lluvia de la muerte ciega, ví caer en torno mio, en masa, víctimas despavoridas.

El destino tiene sus segundas intenciones y vela misteriosamente sobre el historiador futuro. Le deja pasar por entre las exterminaciones y las carnicerías, pero no permite que muera, porque quiere que las narre.

En medio del estruendo indescriptible, Javier Durrieu se cruzó conmigo en el boulevard ametrallado y me dijo:—Ah! Estais aquí! Acabo de encontrar á la señora D., que os vá buscando.

La señora D. y la señora R., dos generosas y valientes mujeres, prometieron á mi esposa, que estaba enferma y en el lecho, darle noticias mias y hacerle saber dónde me encontraba. La señora D. se aventuró hasta llegar al sitio de la matanza; en la esquina de una calle se paró delante un monton de cadáveres, y fué tan brava que se indignó en voz alta; al oír el grito de horror que lanzó, un ginete se dirigió hácia ella con pistola en mano, y si no le abren bruscamente detrás de ella una puerta, en la que se refugió, la hubieran asesinado.

No se sabe el total de víctimas que produjo la carnicería; Bonaparte ha tenido mucho cuidado en ocultarlo. Esta es la costumbre de los verdugos; no permiten que la historia consigne el número de sus víctimas. Uno de los dos coroneles que hemos descrito en los primeros capítulos de la tercer jornada afirmó que solo un regimiento habia muerto más de dos mil quinientos individuos. Creemos que este coronel apasionado exagera; el crimen algunas veces se vanagloria de sus maldades.

El escritor Lireux, que cogieron para fusilarle y que se escapó milagrosamente, declara haber visto más de ochocientos cadáveres.

A las cuatro de la tarde desengancharon las sillas de posta que estaban preparadas para salir en el patio del Eliseo.

La exterminacion, que el capitán inglés William Jesse, testigo presencial, calificó de fusilamiento deliberado, duró desde las dos hasta las cinco. Durante aquellas tres espantosas horas, Luis Bonaparte hizo ejecutar lo que premeditaba y consumó su obra. Hasta entonces creían sus partidarios que su proceder era una especie de juego de príncipe, una estafa de Estado, una trampa de grandes dimensiones; los hombres capaces y los escépticos decían:—"Ha jugado buena broma á estos imbéciles." Pero bruscamente inquieto Bonaparte, tuvo necesidad de desenmascarar "toda su política."—"Decid á Saint-Arnaud que ejecute mis órdenes." Saint-Arnaud obedeció, y el golpe de Estado hizo lo que lógicamente debia hacer; desde aquel momento, inmenso arroyo de sangre corrió al través del crimen.

Los cadáveres quedaron tendidos en las calles, horribles y pálidos. El mator soldadesco se vé condenado á este crescendo siniestro: por la mañana asesino, por la tarde ladrón.

Por la noche reinó gran entusiasmo y gran alegría en el Eliseo entre aquellos hombres triunfantes. Conneau ingenuamente ha referido la escena. Los familiares del hombre del golpe de Estado estaban delirantes. Fialin llegó á tutear á Bonaparte.—"Abandonad esta costumbre," le dijo en voz baja Bielliart por via de consejo. En efecto, aquella matanza elevaba á Bonaparte á emperador; iba á ser majestad. Sus familiares bebían y fumaban en los salones como los soldados en el boulevard; despues de matar todo el día bebieron toda la noche, y el



vino corrió sobre la sangre. Estaban maravillados del éxito conseguido. Admiraban al autor del golpe de Estado y decían, ocupándose de él:—Esto es mejor que huir por Dieppe, como Haussez, ó por la Membrolle, como Guernon Renville; esto vale más que dejarse prender disfrazado de lacayo, limpiando los zapatos de la señora de Saint-Fargeau, como el pobre Polignac.—Guizot no ha sido más hábil que Polignac, exclamó Persigny. Fleury, volviéndose hácia Morny, le dijo:—Vuestros doctrinarios no hubieran sabido dar este golpe de Estado.—Es verdad, no eran fuertes, contestó Morny, añadiendo despues:—Sin embargo, fueron hombres de talento Luis Felipe, Guizot, Thiers... Luis Bonaparte, quitándose el cigarrillo de la boca, le interrumpió, diciendo:—Si esos son hombres de talento, prefiero ser un bestia...

—Feroz, añade la historia.

## XVII.

La cita con las sociedades obreras.

Quando empezó la matanza, el comité de resistencia se reunía aun en la calle de Richelieu. Allí volví despues de explorar los barrios sublevados y di cuenta á mis colegas de lo que en ellos habia visto. Madier de Montjau, que venia tambien de las barricadas, añadió á mi informe el suyo. Hacia tiempo que oíamos espantosas detonaciones muy cerca de nosotros. De pronto entró Versigny anunciándonos que debían estar pasando escenas horribles en el boulevard, porque los cañones disparaban metralla y habia tendidos en tierra muchos cadáveres; que sin duda el golpe de Estado improvisó una carnicería, y nos aconsejó que abandonásemos en seguida la casa de M. Grevy. En vista de tan extraordinarias circunstancias nos decidimos á salir de allí. M. Dupont White nos ofreció asilo en su casa, calle Monthabor, número 11. Salimos á la calle sin precipitarnos, de dos en dos; Madier de Montjau iba con Versigny; Michel de Bourges con Carnot; yo daba el brazo á Julio Favre, el que, intrépido y sonriendo, se envolvió el cuello con un pañuelo de seda y me dijo:—*Estoy dispuesto á que me fusilen, pero no quiero resfriarme.*

Julio Favre y yo llegamos á Saint-Roc, cuya calle estaba inundada de transeuntes que venían huyendo de los boulevares. Los hombres hablaban á gritos

y las mujeres chillaban. Cerrábanse todas las tiendas. En la calle de Saint-Honoré se oía extraordinaria gritería. Las gentes iban, venían y corrían. Los habitantes de las casas salían con la cabeza descubierta y se confundían con la multitud. Caían pequeñas gotas de lluvia. Los carruajes no circulaban. Oímos detrás de nosotros que decían:—Han muerto á Victor Hugo.—Todavía no, contestó Julio Favre sonriendo y estrechándome la mano.

La corriente de los transeuntes rechazados de los boulevares y de la calle de Richelieu se dirigía hácia la calle de la Paz. Reconocimos entre ellos algunos representantes de la derecha que arrestaron el día anterior y que habían dejado ya en libertad. M. Buffet, ministro que fué de Bonaparte, acompañado de varios miembros de la Asamblea, se dirigía hácia el Palais-Royal. Cuando pasaba cerca de nosotros pronunciaba el nombre de Bonaparte, execrándole. M. Buffet era hombre de gran importancia, uno de los tres mentores políticos de la derecha; los otros dos eran M. Fould y M. Molé.

En el aposento donde nos introdujimos en la casa de la calle de Monthabor, que era un tercer piso, reinaba completa calma. Las ventanas caían á un patio interior. Cinco ó seis sillones encarnados formaban semicírculo delante de la chimenea; en una mesa descansaban varios libros. Los representantes, que acudieron inmediatamente en tumulto, arrojaron en los rincones de aquella sala tranquila los paraguas y los gabanes empapados de agua. Nadie sabia positivamente lo que estaba sucediendo y cada cual hacia sus conjeturas.

Acababa de instalarse el comité, cuando entró nuestro colega Leblond, que venia con King, delegado de las sociedades obreras; éste nos dijo que los comités de dichas sociedades estaban en sesion permanente y le enviaban á nosotros en comision. Según las instrucciones del comité, habían hecho cuanto pudieron por prolongar la lucha y evitar choques decisivos. El grueso de las sociedades no habia entrado aun en accion, pero parte de ellas mantuvieron viva la lucha durante toda la mañana. La sociedad de los Derechos del hombre estaba en las calles; el antiguo constituyente Beslay reunió en el Pasaje del Cairo setecientos obreros del Marais y les hizo tomar posiciones alrededor del Banco,

Las sociedades obreras nos pedían instrucciones; tenían de reserva aun tres ó cuatro mil combatientes y podían retenerlos ó enviarlos al campo de batalla, según las órdenes que dictase el comité; los obreros, sin embargo, preferían ir á combatir. La mayoría de los miembros del comité se inclinaban á que la accion no fuese muy viva con el objeto de prolongar la lucha, y era difícil convencerlos de lo contrario, porque era seguro que venceríamos á Bonaparte si podíamos conseguir que durase hasta la semana siguiente la situacion violenta creada por el golpe de Estado. Paris no se deja pisotear ocho días por el ejército. Yo no era partidario de esta solucion, por lo que tomé la palabra para declarar que debíamos aceptar el ofrecimiento de las sociedades obreras y lanzarlas en seguida al combate; que la guerra revolucionaria exige con frecuencia cambios bruscos de táctica; que un general á campo raso, delante del enemigo, opera como quiere, conoce su efectivo, el número de sus soldados, la cifra de sus regimientos, sabe la fuerza del enemigo, escoge la hora y el terreno, tiene el mapa á la vista, sabe cómo ha de obrar. Pero para nosotros todo es indeterminado é incierto. Ponemos el pié á la ventura sobre probabilidades desconocidas. Apenas entrevemos quién está contra nosotros y quién en favor nuestro; no sabemos con cuántos soldados contamos, ni con cuántos fusiles, ni con cuántos cartuchos; quizá nos ayude el pueblo entero, quizás nadie. ¿Para qué hemos de guardar esa reserva? Quizás mañana no podamos contar con ella. Ya que nos empeñamos en una batalla ciega, demos todos los golpes que podamos, vayamos hácia adelante, al azar; arrostremos el peligro y tengamos fé, porque ya que representamos la justicia y la ley, Dios debe estar de parte nuestra.

El comité consultó al constituyente Leblond y al delegado King; ambos fueron de mi opinion. Entonces el comité decidió que se invitara á las sociedades obreras en su nombre á salir inmediatamente á las calles con todas sus fuerzas reunidas. Carnot y Michel de Bourges opinaron que seria conveniente que los miembros de las asociaciones que perteneciesen á la Guardia nacional vistieran sus uniformes.

Así quedó acordado.

El delegado King se levantó y dijo:

—Ciudadanos representantes, voy á transmitir inmediatamente vuestras órde-

nes; nuestros amigos están preparados, se reunirán muy pronto y esta noche pelearán en las barricadas.

—¿Creeis conveniente que un miembro del comité esté con vosotros llevando ceñida la banda de representante?

—Sin duda, contestó King.

—Pues bien; iré con vosotros.

—Iremos todos, exclamó Julio Favre.

El delegado replicó que creía que era suficiente que estuviera con las sociedades uno solo de los representantes; así lo acordamos, y quedó convenido que en cuanto se fijase el punto de reunion, vendrían á participármelo y á acompañarme al sitio en donde estuviesen las asociaciones.—Antes de una hora los sabreis, dijo King al despedirse de nosotros.

Al ir á salir los delegados, entró Mathieu de la Drome. Al llegar al dintel de la puerta, exclamó azorado:—Ya no estamos en Paris, ya no tenemos República; estamos en Nápoles y sufriendo la tiranía de Bomba.

## XVIII.

Confirmacion de las leyes morales.

La matanza del boulevard Montmartre constituye la originalidad del golpe de Estado: sin aquella mortandad, el 2 de Diciembre seria un 18 Brumario. La carnicería salva del plagio á Luis Bonaparte.

Hasta entonces solo habia sido un copista. Su sombrero de Boulogne, su redingote gris, su águila repleta de paja, eran grotescos. Decían:—“¿A qué viene esta parodia que hace reir?” De repente hizo temblar.

Lo odioso es la puerta de escape del ridículo, y él llevó lo odioso hasta lo execrable.

Envidiaba las proporciones de los grandes crímenes, y apeteció que el suyo fuera de los peores. El horror que causó le dió sitio aparte en la casa de fieras de los tiranos. La truhanería quiso ser tan grande como la infamia, y un Neron pequeño se hinchó como un Lacenaire enorme. Sucedió en él este fenómeno.

Luis Bonaparte ha creado un género.

De este modo entró en lo inesperado.

Ciertos cerebros son abismos. Es indudable que hacia ya mucho tiempo que el pensamiento de asesinar para reinar dominaba á Bonaparte. La premeditacion familiariza á los criminales con el



mal y los entrega á la criminalidad. El crimen germina mucho tiempo en ellos difuso y flotante, casi inconsciente, y sus almas se van lentamente ennegreciendo. Los actos infames no se improvisan; no llegan de una sola vez y del primer empuje á la perfeccion; crecen y maduran informes é indecisos, y el ambiente de las ideas que respiran los mantiene vivos y dispuestos para el dia propicio. La idea de entregarse á la matanza para conseguir el trono, insistimos en esto, vivia hacia mucho tiempo en el espíritu de Luis Bonaparte; era posible en su alma. Iba y venia en ella como una larva en un aquarium, confundida en la oscuridad con las dudas, los apetitos, los expedientes y los sueños de no sé qué socialismo cesarista, como una hidra que se entrevé en una transparencia de caos. Apenas tenia conciencia él mismo de que abrigaba idea tan deformé. Cuando la necesitó, la encontró armada y dispuesta á servirle; se habia nutrido en la oscuridad de su cerebro insondable. Los abismos conservan los monstruos.

Hasta el terrible 4 de Diciembre quizá Luis Bonaparte no se conocia á sí mismo. Los que estudiaban el curioso animal imperial no le creian capaz de ser feroz. Veian en él una especie de sér mixto, que aplicaba talento de estafador á sueños de imperio, que aunque fuese coronado seria un tunante. Le creian incapaz de alcanzar ninguna altura, ni la de la infamia; le tenian por una medianía, un poco superior á los pequeños pilluelos y un poco inferior á los grandes malhechores. Le creian apto para practicar todo lo que se hace en los garitos y en las tabernas, pero con esta trasposicion, la de trampear en la taberna y la de asesinar en el garito.

La matanza del boulevard desnudó bruscamente su alma y la vieron tal como era: despojado de los motes ridículos de *Gros-Réc* y *Badinguet*, quedó en él solo el bandido; se vió que era el verdadero Contrafatto oculto tras el falso Bonaparte.

La multitud se estremeció al verle tal como era.

Las apologías que intentaron hacer de él fracasaron. Es cándido elogiar á Bonaparte: ha sido fácil elogiar á Dupin, pero limpiarle es ya operacion muy complicada. ¿Cómo defender el 4 de Diciembre? Justificar es más difícil que glorificar; la esponja trabaja con más dificultad que el incienso, y los panegiristas del golpe de Estado no han podi-

do conseguir su objeto. La gran inteligencia de Jorge Sand intentó esta lamentable rehabilitacion; pero siempre, hágase lo que se quiera, ha de reaparecer la cifra monstruosa de los muertos. No es posible ninguna atenuacion.

El hecho del 4 de Diciembre es la puñalada más colosal que un bandido suelto en medio de la civilizacion dió jamás, no á un pueblo, sino al género humano. La monstruosa puñalada derribó á Paris, y derribar á Paris es derribar la conciencia, la razon y la libertad humana. Extender en el arroyo el progreso de los siglos, es apagar la antorcha de la justicia, de la verdad y de la vida; esto es lo que hizo Bonaparte el dia 4.

Completo fué el éxito que obtuvo el miserable. El 2 de Diciembre estaba perdido, pero el 4 salvó al 2. Fué algo parecido á Eróstrato salvando á Judas. Paris comprendió que aun no habia alcanzado el colmo del horror, y que más allá del opresor está el verdugo. Hé aquí lo que es un bandido que roba el manto de César. Aquel hombre era pequeño y espantoso. Paris consintió aquel espanto. Renunció á decir la última palabra, se acostó y se hizo el muerto. En aquel acontecimiento hubo algo de asfixia.

Aquel crimen no se parece á nada. Cualquiera que despues de muchos siglos, llámese Esquilo ó Tácito, levante su cubierta, olerá la fetidez. Paris se resignó, Paris se rindió, la novedad hizo eficaz al crimen; Paris abdicó, Paris casi dejó de ser Paris, y al dia siguiente pudo oirse en la oscuridad el choque de los dientes de este titán aterrado.

Insistamos en esto, porque es necesario confirmar las leyes morales. Luis Bonaparte continuó siendo despues del 4 de Diciembre Napoleon el Pequeño. Aquella enormidad le dejó enano, porque la dimension del crimen no cambia la estatura del criminal, y la pequeñez del asesino se resiste á la inmensidad del asesinato. De todos modos, el pigmeo venció al coloso. Hay que hacer esta confesion, por humillante que sea.

A estos rubores está condenada la gran deshonrada, que se llama historia.

## CUARTA JORNADA

### La victoria.

#### I.

Hechos de la noche.—La calle Tiquetonne.

Quando acabó de decir Mathieu de la Drome:—“Estamos en Nápoles sufriendo la tiranía del rey Bomba”, Carlos Gambon entró, dejándose caer en una silla; Bancel le seguia y dijo:—“Esto es horrible, venimos de allí”. En seguida entró Labrousse. Era urgente abandonar aquella casa, que iban ya á cercar; hacia algunos momentos que la desierta calle Monthabor se llenaba de hombres sospechosos que se fijaban en el número 11. Labrousse nos dijo:—“Acabo de ver á Longepied, que nos está rondando.” Nos separamos, yéndonos cada uno por un lado. No sabíamos dónde nos reuniríamos si por fortuna nos volvíamos á ver.

Yo me dirigí á los boulevares deseoso de ver lo que pasaba, que antes ya referí. Bancel y Versigny se me unieron en el camino.

Quando salia del boulevard, confundido entre el torbellino de la gente aterrada, sin saber á dónde me dirigia, volviendo hácia el centro de Paris, bruscamente una voz me dijo al oido:—“Quiero que veais una cosa.” El que me hablaba era E. P.

E. P. es autor dramático, hombre de talento, al que en la época de Luis Felipe conseguí exceptuar del servicio militar. Hacia cuatro años que no le veia y me hablaba como si nos hubiéramos visto el dia anterior.

—Ah! Sois vos! le dije. ¿Para qué me necesitais?

—Vivo en aquella casa; venid, me contestó.

Me hizo internar en una calle oscura, desde la que oíamos detonaciones; en el fondo de la calle habia una barricada deshecha.

—Pueden tambien venir estos caballeros, dijo E. P. á los dos representantes que me acompañaban.

—Qué calle es esta? le pregunté.

—La calle Tiquetonne. Venid.

Le seguimos.

E. P. se paró delante de una casa

alta y negra. Empujó una puerta que estaba entornada, despues otra, y entramos en una sala baja y tranquila, que una lámpara iluminaba. La sala parecia contigua á una tienda. En el fondo se veian dos camas casi juntas, una grande y una pequeña. Sobre la pequeña habia un retrato de mujer, y encima del retrato un ramo de boj bendito.

La lámpara estaba colocada sobre una chimenea, en la que ardia escaso fuego.

Cerca de la lámpara, en una silla, se veia una mujer anciana, encorvada, plegada en dos, como si estuviese rota, sobre un objeto que ocultaba la oscuridad y que tenia en brazos. Me aproximé y ví que era un niño muerto.

La pobre mujer sollozaba silenciosamente.

E. P., que era de casa, la tocó en la espalda y la dijo:

—Dejádnosle ver.

La anciana levantó la cabeza y entonces vimos que sostenia en las rodillas á un niño hermoso y pálido, medio desnudo, que tenia en la frente dos agujeros rojos.

La anciana me miró casi sin verme y murmuró, hablando consigo misma:

—¡Esta mañana me llamaba aun abuelita!

E. P. cogió la mano del niño, la soltó, y aquella mano cayó inerte.

—Siete años! me dijo.

Con un cubo de agua que habia en el suelo habian lavado la cara del niño, de cuya frente salian dos hilos de sangre.

En el fondo del aposento, cerca de un armario entreabierto, dentro del que se veia mucha ropa blanca, estaba de pié una mujer de cuarenta años, pobre, grave, limpia y bastante hermosa.

—Es una vecina, me dijo E. P.

Me explicó que el médico que vivia en aquella misma casa bajó á ver al niño y dijo que no tenia remedio; le habian herido dos balas en la cabeza en el momento de atravesar la calle para huir, y en ese estado lo trajeron á su abuela, que no tenia en el mundo más que á él.

El retrato de la madre muerta estaba encima de la cama del niño.

El niño conservaba los ojos entreabiertos. La abuela, al través de los sollozos, hablaba á intervalos:—¡Es posible, Dios mio! Esto es increíble! Bandidos! ¡A eso se llama gobierno!

—Sí, la contesté yo.

Acabamos de desnudar al niño; yo le